

ella. "¡Milton! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué hacía?" Estaba atrayendo otra más de aquellas criaturas hacia él; ¡lo que le llevaba a su esposo no era socorro, sino destrucción segura!

Emma se detuvo con la idea, volviendo la cara hacia aquello de lo que estaba huyendo. Si la Cosa se apoderaba de ella, si se entregaba, ¿quedaría satisfecha con una sola víctima? Si la devoraba a ella, ¿siquiera se abstendría de acudir para participar en el ataque a Milt...? Ahí venía... reptando su asqueroso bulto sin mayor esfuerzo, por entre la maraña que a ella le costara tanto atravesar. Se acercaba sin darse prisa, seguro de su presa...

La obscuridad del lugar era poco menos que absoluta, pero aun así podía divisar algo de su vago bulto gris, que daba la impresión de una nube compacta que descansaba sobre el suelo. Contra su tenue claridad se destacaban vagamente las siluetas de árboles y arbustos, desfigurándolos con extrañas formas. ¡Cielos! Ahí reconocía la deformación tan singular de una vieja encina, acordándose de la época de sus excursiones infantiles, porque allí cerca había una choza de leñadores, abandonada hacia mucho... ¡Una choza! ¿Estaría aún allí?

Girando en redondo, la joven echó a correr. Diez pasos, doce... allí estaba... ¡Con cuánto alivio vió las rústicas paredes de troncos! En el mismo momento algo frío y viscoso tocó la espalda, donde su vestigio colgaba todo desgarrado. Su cuerpo entero reaccionó en un salto aterrado hacia adelante; como por un milagro dió con la misma puerta. Entrar y cerrarla fué sólo un movimiento, apoyándose prestamente de espaldas contra ella para ofrecer mayor resistencia y descansar al mismo tiempo.

Sintió claramente el rozar sibilante de un cuerpo poco sólido contra las tablas, al otro lado, y enterró sus talones en la tierra arenosa para mantener la barrera cerrada contra aquello que forcejeaba por entrar.

El filo de una madera le lastimaba las espaldas: era la tranca de la puerta. Apoyándose fuertemente en el tablero, logró asegurarla, para resbalar casi en seguida, exhausta, sobre las ásperas tablas, hasta el suelo, donde permaneció jadeante y muda, pero segura por el momento.

A través de la barrera percibió el nauseabundo hedor de la Cosa, un olor a podredumbre indescriptible, una fetidez siniestra y paralizadora.

Con asco y terror, la joven recordaba cómo aquello había tocado su espalda, un contacto frío, viscoso, húmedo; ciego al parecer, como si el sentido que lo guía-

ba no fuera la vista sino algo innombrable, que sabía el Mal supremo. Escuchábanse rozamientos de una substancia como gelatinosa, pero ávida en buscar un lugar donde deslizarse adentro, ominosa... ¿Qué fué eso...?

Un ruido sordo, muy bajo, se hacía sentir desde las tinieblas del bosque, dando la impresión de una voz ronca, oída desde lejos. El Horror también debía haberlo escuchado, porque permanecía quieto, inmóvil. Reinó un silencio absoluto, que fué quebrado por un agudo lamento que desgarró los nervios de la joven con nuevos accesos de terror, creciendo en tono para luego descender hasta extinguirse. Y de pronto, incorporándose a medias, con la mano helada sobre la boca, la joven conoció que aquello que había estado forcejeando la entrada a través de la puerta salvadora, se estaba alejando. Oyó claramente el resbalar de un peso torpe sobre la hojarasca, afuera; después, de nuevo silencio.

Se había ido y Emma estaba salvada. ¿Pero aquel lamento... de dónde había procedido? ¿Qué sería... quién? No podía ser sino Milton. No había otro ser humano lo bastante cerca para que se le pudiera oír. ¡Vivía, no cabía duda, pero clamaba socorro! Y el Horror había abandonado sus tentativas de alcanzarla a ella, al responder a la llamada fatal de su compañero. Apresurábase en este momento para reunirse en su ataque a Milton.

La aciaga certidumbre ahuyentó el cansancio de la joven, que, vacilando, se puso de pie. En algún lugar del bosque tétrico, el peligro de muerte amenazaba a su esposo. En algún lugar, sí... pero ¿dónde? ¡Oh, Dios mío...! ¿Dónde? Súbitamente se le ocurrió la respuesta. Había ella podido ver la choza, no obstante la obscuridad, porque se destacaba un poco contra una angosta faja de cierta claridad. Esa faja no podía ser sino la carretera del Big Tom, donde viera avanzar las luces del coche de Milton, y de donde le llegara su grito de auxilio. Debía él hallarse cerca, pues, muy cerca...

No era Emma Wayne quien con vacilante mano quitaba la barra de la puerta, pese el horror allí afuera. Era la furia frenética de una mujer a cuyo ser amado amenazaba el peligro; era la devoción infinitamente femenina que desafia al mismo demonio para salvar a su cónyuge.

Envolvióla el aire frío y húmedo del bosque al abrirse la puerta; notó que seguía contaminado por el nauseabundo olor a corrupción. Ya afuera, asaltábala el opresivo silencio del bosque que seguía